

Pascua 2004 en Somolinos

Sábado Santo

Resistentes en la espera



I. MARÍA MAGDALENA, APÓSTOL DE APÓSTOLES

Todas las tradiciones evangélicas atestiguan que algunas mujeres fueron las primeras personas en tener un encuentro con el Resucitado. Los evangelistas no pudieron menos de transmitirnos esta verdad que resultaba incómoda en aquella cultura patriarcal. En la sociedad de aquel tiempo, el testimonio de una mujer carecía de valor jurídico. *Epistola Apostolorum*, un texto apócrifo del siglo II, representa a los discípulos negándose a aceptar el testimonio de una mujer hasta que Jesús mismo se les presenta resucitado y les echa en cara su incredulidad. Una de ellas es, según los cuatro evangelios, María Magdalena (Mt 28,1; Mc 16,1.9; Lc 24,10; Jn 20,1.11.16.18; Cfr. Mt 27,56.61; Mc 15,40.47; Lc 8,2; Jn 19,25)

María Magdalena es una mujer oriunda de Magdala, una población galilea situada al borde del lago de Genesaret, entre Tiberias y Cafarnahún. Desde allí acompañó a Jesús, como parte de su grupo de discípulos hasta Jerusalén "...con Jesús iban los doce, y también algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios..." (Lc 8,1-2).

Desde el siglo sexto, en la Iglesia Occidental, pero no así en la Oriental, se desarrollaron tradiciones que identificaron a María Magdalena con la pecadora que aparece en Lucas 7,36-50. Pero el evangelio según San Lucas, que menciona a María Magdalena



painting by joshua fraser

en dos ocasiones (Lc 8,2; 24,10), no da pie para esta identificación, que ha dado lugar en la tradición occidental a la imagen de María Magdalena como "prostituta arrepentida". Esta visión de María es considerada una "calumnia" tanto por los cristianos de la tradición oriental como por la mayoría de las teólogas feministas.

María Magdalena tiene un gran protagonismo en muchos de los evangelios apócrifos (Evangelio de Pedro, Evangelio de Tomás, Evangelio Secreto de Marcos, Pistis Sofía, Evangelio de Felipe, Evangelio de María, etc.), y en algunos de ellos su figura rivaliza con la de Pedro. Elizabeth Schüssler Fiorenza ha propuesto que el papel de María Magdalena fue menoscabado en la literatura canónica a causa del patriarcalismo de las estructuras eclesíásticas. Según la teóloga feminista, la prominencia de María Magdalena en la literatura extracanónica preserva y desarrolla antiguas tradiciones. (Pero ni en la más delirante de estas especulaciones aparece como "esposa" o "novia" de Jesús. Rénan, un escritor romántico del s. XIX, fue el primero en imaginar esta fantasía).

II. ESPERAR MÁS ALLÁ DE LA ESPERANZA

María Magdalena sigue a Jesús junto a otras mujeres en su último viaje a Jerusalén. Cuando los Doce y los demás discípulos abandonan a Cristo tras su prendimiento en la

noche del Jueves, ellas permanecen fieles. Aunque de lejos, contemplan la muerte del Señor en la cruz.

Jesús es enterrado apresuradamente el viernes, había que hacerlo deprisa, antes de la puesta del sol, para no violar el descanso sabático. Al día siguiente es precepto descansar. Dos días después aún quedaban por hacer algunos ritos propios de un entierro digno, como era ungir el cadáver con aceites aromáticos. Pero al tercer día, nadie se ocupaba ya,... había demasiado miedo y decepción.

Solo algunas mujeres son capaces de seguir esperando cuando no quedaba ya ni esperanza. Solo algunas mujeres deciden ir a honrar el cadáver de Jesús, a pesar de todo.

En el gris frío de la madrugada, sus pasos se encaminan hacia el lugar de la muerte, donde está enterrada toda esperanza. Ellas, sin embargo, no detienen su marcha, están decididas a seguir haciendo el bien.

Marchan sin saber muy bien cómo descender la gran piedra que cierra el sepulcro excavado en roca en el que reposan los restos de Jesús. Son conscientes de las dificultades, pero no se dejan paralizar.

El camino hacia las fuentes de la vida interior atraviesa también los días grises, donde nada nos motiva a seguir buscando, orando, haciendo el bien.

Es entonces, con las primeras luces del alba, cuando se produce lo inesperado. Las distintas tradiciones evangélicas se entrecruzan aquí. Según Juan, “María Magdalena fue al sepulcro y vio la piedra quitada” (Jn 20,1). Mateo es más explícito:

Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María vinieron a ver el sepulcro. Y he aquí, se produjo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendiendo del cielo, y acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve; y de miedo a él los guardias temblaron y se quedaron como muertos. Y hablando el ángel, dijo a las mujeres: Vosotras, no temáis; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, tal como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía. E id pronto, y decid a sus discípulos que Él ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho. Y ellas, alejándose a toda prisa del sepulcro con temor y gran gozo, corrieron a dar las noticias a sus discípulos. Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dijo: No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán (Mt 28,1-10. Cfr. Mc 16,1-9; Lc 24,1-10).

Son ellas, las que supieron resistir en la espera, las primeras en asombrarse con el gozo de la resurrección, y en anunciar esta alegría a los demás seguidores de Jesús.

El evangelio es conciente de que para dar fruto es necesario tener *resistencia*: “La semilla en la tierra buena son los que han oído la palabra con corazón recto y bueno, y la retienen, y dan fruto con su resistencia” (Lc 8,15. Cfr. 21,19) [La palabra que aquí traducimos por “resistencia” es *hypomonê*, que suele traducirse también como “paciencia” o “perseverancia”].

Resistir es permanecer haciendo el bien cuando las condiciones sociales se vuelven en contra. Es mantenerse en la espera contemplativa cuando los sentimientos ya no acompañan. Es mantenerse en una actitud de búsqueda de las fuentes de la vida interior

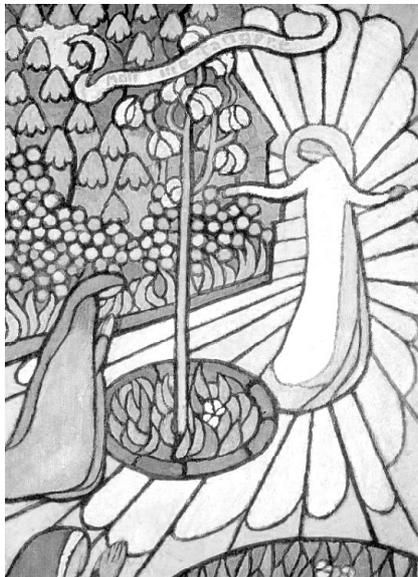
cuando ya nada nos anima a seguir. Es seguir apostando por la vida cuando la muerte parece adueñarse de la realidad.

San Pablo es uno de los autores del Nuevo Testamento que más nos habla de la resistencia en la espera “Pero si esperamos lo que no vemos, resistimos en la espera” (Rom 8,25. Cfr. 2,7; 5,3.4; 8,25; 15,4.5; 2Cor 1,6; 6,4; 12,12; Col 1,11; 1Tes 1,3; 2Tes 1,4; 3,5; 1Tim 6,11; 2Tim 3,10; Tit 2,2).

Juan, el autor del Apocalipsis, se llama a sí mismo “Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la resistencia en Jesús” (Ap 1,9; Cfr. 2,2.3.19; 3,10; 13,10; 14,12. Otras ocurrencias de *hypomonê* en el NT: Heb 10,36; 12,1; Sant 1,3.4; 5,11; 2Ped 1,6).

III. UN ENCUENTRO EN EL JARDÍN

Entre los evangelistas, sólo Juan nos cuenta este encuentro:



María se quedó fuera, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?». Contestó: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto». Al decir esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús allí de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: «Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo iré a recogerlo». Jesús le dijo: «¡Mariam!». Ella se volvió y exclamó en hebreo: «¡Rabbuní!» (es decir, «¡Maestro!»).

Jesús le dijo: «Suéltame, que aún no he subido al Padre; anda y di a mis hermanos que me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios». María Magdalena fue a decir a los discípulos que había visto al Señor y a anunciarles lo que él le había dicho.

María decide permanecer en esa zona gris donde no hay estímulos que nos motiven a seguir. El lugar en el que está es, aparentemente, un campo de muerte. No es obvio, ni mucho menos, que Jesús esté ahí, cuando se presenta, ella lo confunde con el jardinero.

Desde antes del amanecer, un grupo de jardineros trabaja en el parque que se encuentra frente a la estación de Santa Eugenia, en la Villa de Vallecas. A las 7:39 minutos, una explosión interrumpe su temprana jornada. Dejando sus aperos, acuden corriendo a socorrer a las víctimas. Son los primeros en esa larga lista de héroes anónimos en el día del peor atentado terrorista en la historia de España.

María permanece haciendo el bien, cuando todo llama a muerte y desesperación. Ella opta por cuidar la vida, a pesar de todo, y tiene un encuentro con el jardinero.

Cristo es tomado por un jardinero, por alguien que cuida la vida en los campos de la muerte. En el lento trabajo con las plantas, los resultados no son inmediatos. Se requiere paciencia: permanecer a la espera *a las puertas de la Gracia*.

«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» La pregunta de Jesús apunta a su dolor, brotan las lágrimas. Son lágrimas que limpian los ojos y el alma, sacan afuera el dolor contenido y nos preparan para ver con la mirada del corazón.

Al Resucitado, no es reconocido a la primera. Lo mismo les sucede a los discípulos de Emaús (Lc 24,1-35. Cfr. Jn 21, 4-8). Cristo resucitado es el mismo, pero también distinto del Jesús anterior a su muerte.

«¡Mariam!» A la llamada de Jesús, María reconoce al Resucitado, y exclama «¡Rabuní!».

Esta palabra es un diminutivo cariñoso: “¡maestrito!” la ternura de su respuesta está transida de un amor madurado en la espera.

Del mismo modo que Lucas nos dice en el relato de Emaús que podemos reconocer al Resucitado en la eucaristía, Juan nos dice que en una relación personal con Cristo a través de la oración podemos “escuchar y reconocer su voz” (Cfr. Jn 10,3)

Una de las palabras más misteriosas de Jesús en este pasaje es su petición: “Suéltame, que aún no he subido al Padre”. Los exegetas han vertidos ríos de tinta tratando de interpretar el significado de estas palabras

Raymond Brown, el gran biblista norteamericano del s.XX, escribió “Al decirle que le suelte, Jesús da a entender que esa presencia permanente no se realizará por vía de apariciones, sino mediante el don del Espíritu, que sólo podrá venir una vez que él haya ascendido al Padre [...] En vez de agarrarse a Jesús, se le pide ir y preparar a los discípulos para la venida de Jesús que tendrá lugar cuando sea dado el Espíritu”

Jesús pide a María un nuevo tipo de relación, distinta de la que había tenido durante su vida. Tras la resurrección se hace posible acoger en nuestro interior el mismo Espíritu de Jesús y participar de su misión.

IV. PREGUNTAS

- ¿Qué situaciones son para ti hoy “un campo de muerte”? ¿Cómo podrías sembrar vida en espacios aparentemente yermos?
- ¿Has tenido alguna experiencia de que “resistir merecía la pena”? ¿En qué contextos crees importante “ser resistentes en la espera”?
- ¿Te resulta trabajoso ser fiel en la oración? ¿Cómo caminar hacia las fuentes de la vida interior cuando los sentimientos no acompañan?
- ¿Cómo se ve socialmente en tu entorno ser creyente, o sencillamente hacer el bien? ¿Es posible seguir actuando cuando las condiciones sociales no son favorables?

